

Crónica sobre la afinidad histórica de dos pueblos (1)

En el último cuarto de siglo, un millón de andaluces abandonó sus pueblos y se trasladó a Cataluña en busca de trabajo y de un futuro mejor para sus hijos. Aquí encontraron ocupación y un país desconocido que les miraba con recelo. Se alojaron en suburbios que las grandes empresas inmobiliarias construyeron para ellos en los peores lugares de la periferia. Y allí siguen, con el corazón en un laberinto de olivos y la mente ocupada en el entendimiento de esta gente y de esta tie-

rra, ahora ya suya. Los de aquí temieron al verles. Sabían que su presencia —masiva— haría aún más difícil el proceso de recuperación de la identidad perdida. Así ocurrió en el ámbito lingüístico y cultural, pero no en el político. Los temores —comprensibles— de que los inmigrantes pudieran ser utilizados por los enemigos de Cataluña resultaron infundados. Más bien todo lo contrario. Lucharon por la democracia y la libertad; asumieron las reivindicaciones nacionales y han

contribuido al proceso de normalización aportando voluntad e interés por ser plenamente catalanes. De derecho y de corazón. La aceptación de unos y la buena disposición de los otros no debe extrañar a nadie. La historia de ambos pueblos tiene ejemplos sobrados que demuestran que catalanes y andaluces participan de una cultura común —la mediterránea—, y de un protagonismo histórico que ha resultado decisivo en la construcción del Estado democrático moderno. Tie-

nen también un carácter compatible y hasta complementario. Eso es lo que intentan demostrar estas páginas, elaboradas al compás de la explosión de vitalidad que los catalanes de origen andaluz protagonizan estos días en Barberà del Vallès y gracias a los datos facilitados por un grupo de intelectuales que han estudiado, por primera vez, los puntos de relación y similitud entre catalanes y andaluces en los distintos ámbitos de la cultura.

La historia secreta de Andalucía y Cataluña

Hay una historia de relación cultural, sociológica y política entre Cataluña y Andalucía que ha sido ocultada de forma deliberada, como si se tratara de una realidad vergonzante. Hay una historia secreta de las relaciones históricas entre el pueblo andaluz y el catalán que hasta ahora no había sido estudiada. Eso creen Josep Maria Colomer, profesor de Historia del Pensamiento Político en la Universidad Autónoma, Carles Martínez Shaw, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona, y el periodista Josep Maria Huertas Claveria, autores del guión central de la exposición "Andalucía-Cataluña", la primera gran muestra sobre las relaciones históricas entre catalanes y andaluces que, organizada por el Ayuntamiento de Barcelona, será inaugurada el próximo mes de enero.

Los dos años de estudio que se llevan empleados para la confección del guión han permitido extraer dos interesantes conclusiones. "La exposición —explica Josep Maria Colomer— tendrá una dimensión estrictamente catalana, en la que se subrayará la pluralidad cultural del país y la existencia del bilingüismo social y el mestizaje como elementos de identidad de la realidad catalana actual. La otra parte se refiere a la dimensión española de ambas comunidades, al papel histórico que Cataluña y Andalucía —y las periferias en general— han jugado frente al centro." El estudio de las "relaciones secretas" entre ambos pueblos ha permitido extraer una conclusión adicional. "Andalucía y Cataluña han jugado un papel relevante en la construcción del Estado democrático moderno y en el de las autonomías, y pueden seguir desempeñándolo en un futuro proceso de federalización".

Las conclusiones de Colomer son el epílogo de una historia de relación entre dos pueblos que se remonta a la cultura ibérica —la primera compartida por Cataluña y Andalucía— y sigue con la romana —especialmente intensa en las provincias Tarraconense y Bética— como ejemplo de relación entre los pueblos del levante peninsular. Esa "afinidad cultural mediterránea" es la que algunos historiadores quieren ver cómo la esencia del entendimiento entre catalanes y andaluces. "Es el Mediterráneo el que vertebró nuestra cultura común", dicen.

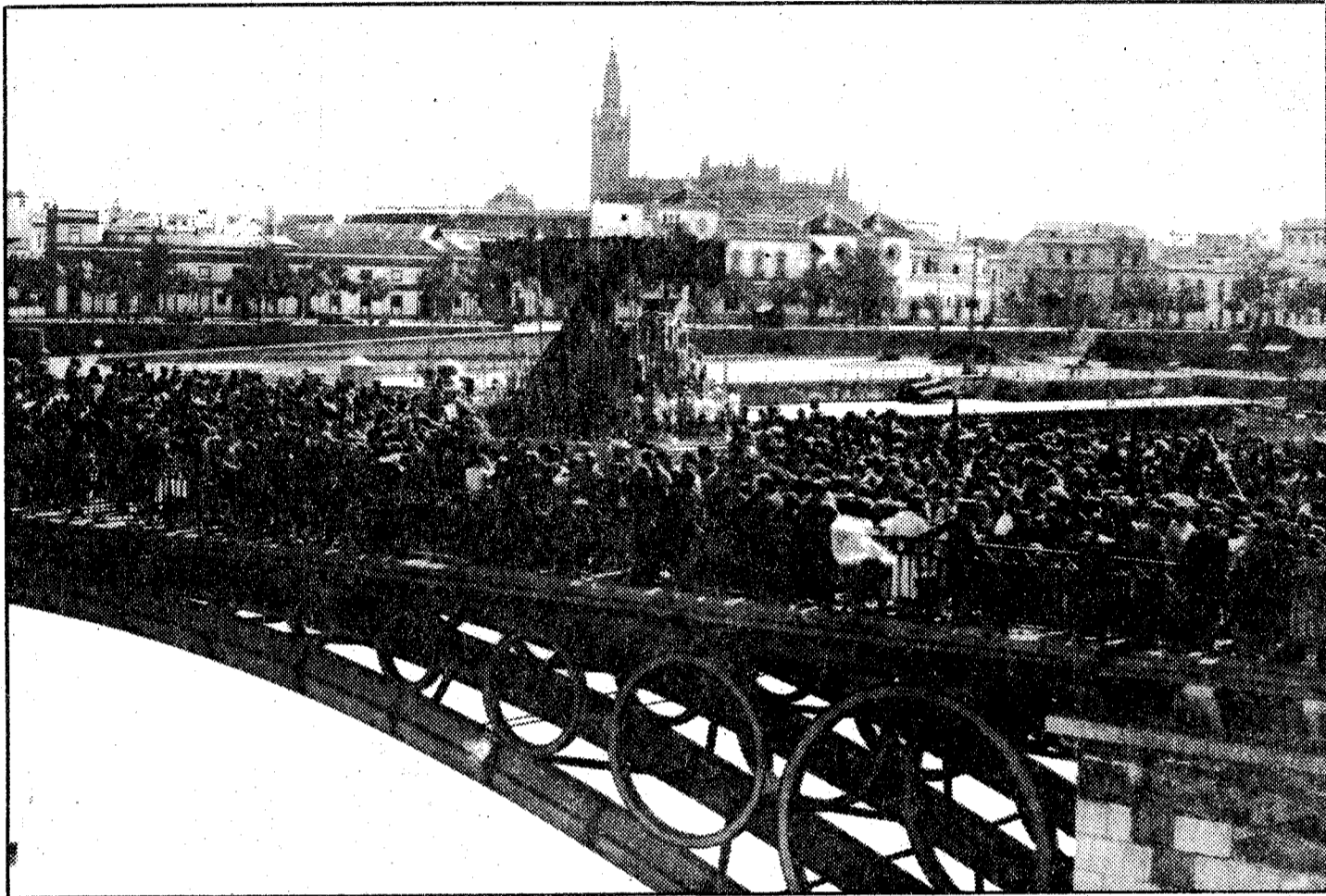
Iberos y romanos

En su husmeo por la historia, los guionistas descubrieron que en un período de la Edad Media tanto en Cataluña como en Andalucía vivían gentes de tres etnias y tres religiones distintas; que los mozárabes andaluces (cristianos bajo soberanía musulmana) tenían su réplica en los moriscos catalanes (musulmanes bajo autoridad cristiana), y que esa mezcla de etnias, culturas y religiones tenía un nuevo paralelismo en los judíos: el "call" de Girona era un exponente similar a las juderías de Sevilla, Córdoba y Granada.

La exposición que resultará de estas investigaciones no será ajena a la destrucción total de la ciudad de Barcelona a manos de los musulmanes en el año 985. Almanzor, el gran caudillo andalusí, había organizado desde Córdoba una gran expedición contra Cataluña que acabó con la destrucción de Barcelona.

Descubridores y bandidos

La respuesta no se produjo hasta doscientos años después, en 1212, año en que los caballeros catalanes contribuyeron a la resonante victoria de las Navas de Tolosa y posibilitaron la rendición de



La Esperanza de Triana cruza el Guadalquivir sobre el puente de hierro fundido en los talleres sevillanos de Ramon y Narcís Bonaplata

Granada. La gran victoria fue posible gracias al esfuerzo combinado de los ejércitos de la reina de Castilla y el señor de Aragón y Cataluña.

De los episodios históricos señalados, hasta la era moderna, sobresalen dos por su singularidad. Uno es el que compara la participación de catalanes y andaluces en la gesta del Descubrimiento. En efecto, en el primer viaje colombino se utilizó cartografía de origen catalano-balear, mientras que la presencia de andaluces fue muy numerosa: 73 tripulantes de un total de 110. Cosa distinta fue el segundo viaje, en el que se enrolaron el ermitaño de Montserrat Bernal Boil, el militar Pere Margarit y el "periodista" Ramón Pané.

El otro episodio es el del bandolerismo, un fenómeno social sin otros precedentes que los protagonizados por los bandidos catalanes del Barroco y los andaluces del Romanticismo. Los célebres Rocaguinarda o Serrallonga encontraron su réplica, romántica y sanguinaria, en los andaluces Diego Corrientes y El Tempranillo. "Dos fenómenos —explican— que surgen en ambas zonas como consecuencia de las transformaciones sociales y de la inestabilidad política de la época."

Relaciones económicas

Los guionistas dejan a los bandidos cabalgando por páramos imaginarios y se centran en el análisis del siglo XVIII, época en que los industriales catalanes inician la "colonización mercantil" de Andalucía. "El flujo de catalanes hacia el sur fue constante en esa época", explican. Los comerciantes se instalaban y ofertaban sus productos en las principales capitales andaluzas —la colonia asentada en el puerto de Cádiz, entonces puerta de la carrera de Indias, llegó a ser muy importante—, mientras un importante contingente de colonos se dejaba seducir por los planes de Carlos III y emigraba a Andalucía para repoblar las poblaciones de Sierra Morena fundadas por Pablo de Olavide.

Los catalanes llegaron a las poblaciones que jalonaban el camino entre Córdoba y Sevilla al mismo tiempo que los colonos alemanes e irlandeses; con ellos se instalaron en La Carlota, La Luisiana o La

"Cataluces" y "andalanes"

En 1954, uno de cada tres emigrantes que vivía en Barcelona era de origen andaluz. El plan de estabilización de 1959 no logró equilibrar las desigualdades que impulsaban a miles de personas a coger "el sevillano" y alejarse de su tierra. Entre 1960 y 1975 emigraron a Cataluña cerca de 800.000 andaluces. La masiva demanda de viviendas provocó la construcción de barrios enteros. Las poblaciones agrícolas de las cercanías de Barcelona se convirtieron en ciudades-dormitorio. En 1968, el 30 por ciento de los barraquistas de Barcelona eran andaluces. Pueblos enteros de Andalucía quedaron despoblados al emigrar la práctica totalidad de sus habitantes.

Carolina, y trabajaron la tierra, y se mezclaron y procrearon. Las consecuencias de aquella mezcla de razas y culturas es perceptible hoy en la raíz de los apellidos de numerosas familias andaluzas de la zona, y en el claro color de sus ojos y de su pelo.

En aquella relación de mestizaje tuvo un papel relevante el barcelonés Antonio de Capmany y de Montpalau, colaborador de Olavide, fiel servidor de la monarquía borbónica y "una de las figuras más representativas de las relaciones existentes entre Cataluña y Andalucía en tiempos de la Ilustración", según Martínez Shaw. Antonio Capmany fue diputado por Cataluña en las Cortes Constituyentes de Cádiz —presididas por el también catalán Ramon Llätzer— y autor de una celebrada "Apología de las fiestas públicas de toros". Antes de morir, en Cádiz, dejó dispuesto que sus restos fueran inhumados en su patria, lo que ocurrió en 1854.

Al iniciarse el siglo XIX, empresarios catalanes del textil y de las construcciones metálicas y eléctricas mantenían su interés por invertir en Andalucía, donde intentaron suplir las carencias de la siderurgia malagueña, paralizada por la falta de carbón. Los legendarios hermanos Narcís y Ra-

mon Bonaplata invirtieron en las minas de plomo de Bailén y construyeron en Sevilla la Fundición San Antonio, de donde habrían de salir las piezas con las que se ensambló, entre otros, el puente de Triana. Fue Narcís Bonaplata quien propuso a la ciudad la celebración de una feria de ganado, embrión de la futura y famosa Feria de Abril.

Las circunstancias quisieron que fuera otro catalán, Manuel Sales i Ferré, catedrático de Historia en la Universidad sevillana, quien fundara el Ateneo de Sevilla, prestigiosa entidad cultural que ahora celebra su centenario.

La corriente migratoria se estancó entre 1973 y 1975, cuando el número de andaluces residentes en Cataluña superaba el millón. El momento del asentamiento, de la integración, coincide con la recuperación de las libertades democráticas y del Estatut d'Autonomia, objetivos que la Asamblea de Catalunya supo sintetizar en una única y común reivindicación.

Hoy, uno de cada dos inmigrantes en Cataluña es originario de Andalucía. Una sexta parte de la población total de Cataluña nació en Andalucía. Uno de cada tres habitantes del Área Metropolitana de Barcelona es "cataluz" o "andalán".

Los "circunstancias quisieron que fuera otro catalán, Manuel Sales i Ferré, catedrático de Historia en la Universidad sevillana, quien fundara el Ateneo de Sevilla, prestigiosa entidad cultural que ahora celebra su centenario."

Republicanos todos

La historia de las relaciones "políticas" entre ambos pueblos se inicia con la cita de un cordobés cuyo apellido sigue recordando al mismo diablo —las andanzas catalanas de don Alejandro se contraen en el momento histórico con las del almeriense Hermenegildo Ginés de los Ríos, presidente de la Comisión de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona—, y sigue por otros derroteros más claramente positivos. En concreto, los guionistas realzan el protagonismo de catalanes y andaluces en las Cortes que, bajo la presidencia

del sevillano Nicolás Rivero, instaurarían la Primera República. "No en vano —subrayan— de los cuatro presidentes de la República dos eran catalanes: Pi i Margall y Estanislau Figueras, y dos andaluces: Salmerón y Castelar." Tampoco olvidan otro detalle singular: "La proclamación de la República federal fue acompañada de un intento de proclamar el Estado de Andalucía y de una propuesta de proclamación, en Barcelona, del Estat Català, ambos dentro de la federación española". En fin, puestos a no olvidar, tampoco ha escapado a Colomer y Martínez Shaw que fue Pavia, un general gaditano —luego capitán general de Cataluña— quien dio al traste con la primera experiencia republicana.

El protagonismo andaluz y catalán en la "construcción del Estado moderno" se recuperó a partir de 1931 con la Segunda República. El apoyo al sistema político republicano de catalanes y andaluces volvió a demostrarse tanto por el apoyo popular manifestado por ambos pueblos como por el número de políticos comprometidos con la gobernación del país: Alcalá Zamora, Lleroux, Martínez Barrios y Fernando de los Ríos, por Andalucía, y Marcel·lí Domingo, Nicolau d'Oliver, Jaume Carner y Lluís Companys, por Cataluña.

Anarquistas

Los guionistas —especialmente Huertas Claveria, autor del libro "Obrers a Catalunya" y estudioso del movimiento obrero catalán— insisten en que "la similitud de los acontecimientos vividos por el pueblo andaluz y el catalán encuentran en el sindicalismo libertario una de sus coincidencias más significativas". Durante años, los núcleos más activos del sindicalismo obrero se localizaron en Cataluña y Andalucía, comunidades en las que se constituyó la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

Los autores subrayan igualmente el hecho de que las agitaciones campesinas andaluzas coincidieran en el tiempo con las movilizaciones obreras que se registraron en Barcelona entre 1918 y 1920 y el hecho de que los alza-

El bandolerismo, un fenómeno exclusivo de las dos comunidades

El empresario Narcís Bonaplata propuso celebrar la Feria de Abril y el catedrático Sales i Ferré fundó el Ateneo de Sevilla

Protagonismo andaluz y catalán en la construcción del Estado moderno

mientos anarquistas de 1932, con los que se pretendía instaurar el comunismo libertario, tuvieron como escenarios destacados el alto Llobregat y el campo andaluz. "Esta interrelación —explica Huertas— tiene en los sucesos de Casas Viejas su ejemplo más dramático ya que, como se sabe, el levantamiento popular se produjo en solidaridad con una huelga protagonizada por los anarcosindicalistas en Barcelona."

La larga y compleja "historia secreta" de Cataluña y Andalucía se cierra, en el guión elaborado por los autores citados, con un capítulo dedicado a la evolución de la conciencia regionalista y nacionalista. Se dice que "los éxitos del regionalismo catalán sirvieron como punto de referencia para la formación de grupos regionalistas en Andalucía", y que "la influencia de la ideología nacionalista de Prat de la Riba es visible en los ideales andaluzes de Blas Infante". Como ejemplos que ilustran tan novedosa afirmación citan la celebración en Ronda de una Asamblea Regionalista Andaluza, hecho que ocurrió tras el establecimiento de la Mancomunitat de Catalunya, y el acuerdo de las diputaciones provinciales andaluzas de elaborar unas "bases para el proyecto de Estatuto de Andalucía", después de que Cataluña abriera la vía de la organización autonómica con la puesta en marcha del Estatut de 1932.

Cuarenta y siete años después ha ocurrido un fenómeno similar. La reivindicación catalana de autonomía política, conseguida de nuevo en 1979, se fue convirtiendo en una fórmula general de constitución del Estado. El Estatut catalán volvió a servir de referencia para la elaboración de otros, como el de Andalucía. Gracias a la iniciativa política de los municipios andaluces y del referéndum del 28 de febrero de 1980, los andaluces consiguieron un estatuto con características propias y con un nivel de competencias análogas a las de las autonomías históricas como Cataluña, Euzkadi o Galicia.

La historia secreta de Cataluña y Andalucía se convierte así en la historia de la afinidad de dos pueblos.

EUGENIO MADUENO